

*Desigualdades
en la educación
latinoamericana
Reflexiones en tiempos
de pandemia*

DALILA ANDRADE OLIVEIRA

Muchas gracias, buenas tardes a todos que nos siguen esta tarde. Yo empiezo por agradecer la invitación en nombre de la profesora Nora Goren, Johanna Maldovan y Lucila Petrelli. Quería empezar por decir que mi universidad es la Universidad Federal de Minas Gerais. También decir que es una alegría estar con la compañera Inés Dussel y el compañero Federico Navarro en esta tarde. Bueno, el tema que me pidieron que centrará mi presentación tiene que ver con los modos en que se expresan las desigualdades en el campo de la educación a nivel latinoamericano, sobre el cual voy a compartir algunas reflexiones. Empiezo por afirmar que la desigualdad en América Latina tiene muchas caras, las riquezas escandalosas de unos pocos contra la pobreza de muchos. Las partes de garantía y permanencia de muchos niños y jóvenes en la educación en América Latina es aún una realidad a enfrentar. Nosotros sabemos que no solo en Brasil, sino en muchos países, son el racismo, la discriminación de género y la violencia contra mujeres, negros, migrantes, entre otros problemas que afectan a la educación. Las causas de la desigualdad en la educación se remontan a la época colonial, tiene su origen en la

sobreexplotación de la población indígena, y en el modelo económico igualmente injusto del extractivismo, los monocultivos. Pero aunque los españoles y los portugueses nos han gobernado durante dos siglos, estamos ahora en muchos países celebrando los bicentenarios de independencia; sin embargo, los Estados de la región continúan con inmensas dificultades para superar esa condición subalterna. Todavía son persistentes entre nosotros muchas formas indirectas de colonialismo y dominación externa, sobre todo cuando estamos hablando de educación. Los niveles de desigualdad en América Latina se encuentran entre los más altos del mundo. Los países de la región, según el coeficiente de Gini, son casi un 30% más desiguales que el promedio mundial. Unos 74 millones de latinoamericanos, el 12,4% de la población de la región, vive con menos de 2 dólares al día. Esto es lo que nos dicen los datos. Más de la mitad de ellos son niños. Y en Brasil, los niños de quienes tienen los ingresos más bajos, completan un promedio de 8 años de escolaridad, mientras los niños de quienes tienen ingresos más altos completan más, normalmente más de 10 años. O sea, tenemos una desigualdad relativa que es muy fuerte en Brasil, pero sabemos que también en otros países de la región. Un estudio de la OXFAM del año pasado (2021) presenta un análisis de las tendencias educativas en América Latina, y nos muestra dos datos que son bastante importantes de considerar para esta exposición, su articulación define un momento muy crítico para la región. El primero de ellos es cómo en los países se observan importantes mejoras en casi todos los indicadores en relación a la educación, y esas mejoras tienen que ver principalmente con los sectores sociales históricamente más postergados, como los pueblos indígenas, los pueblos que pertenecen a las comunidades afrodescendientes, y las

personas más pobres o marginadas. Eso se tradujo en una continua reducción de las desigualdades educativas existentes. El segundo dato revela que esa tendencia de mejora fue mostrando un gradual estancamiento a lo largo de la última década. Y podría estar acercándose a un eventual techo, cuando aún hay amplios sectores de la sociedad que siguen sin poder ejercer plenamente el derecho a la educación. Sabemos que son muchas las razones para ese estancamiento, pero no vamos a tener tiempo para explorar muchos de esos factores. Los grupos sociales que se beneficiaron de los procesos de expansión educativa, pasarían a ser los más afectados en caso de que efectivamente se consolide ese estancamiento. Las conclusiones del estudio es que, de 2010 a 2020, el cierre de brecha se estanca. Por lo cual se infiere que se deben repensar las políticas implementadas hasta la fecha. Más aún, se consideran los diferentes impactos del COVID-19 sobre la escolarización. Según las situaciones, el ritmo de crecimiento de los indicadores de acceso a la educación es variable. El estudio ha establecido una tipología de cinco grupos de países. El primer grupo, Brasil-Ecuador, tuvo una fuerte transformación en términos de cobertura y finalidad, así como el cierre de brechas. El segundo, Argentina-Chile-Perú, que tiene mayor tasa de cobertura escolar en educación secundaria. El tercero, Costa Rica-Colombia-México-Paraguay-República Dominicana, que avanzó en las dos décadas en la inclusión de primaria y secundaria, evidencia brechas, pero todavía las y los estudiantes provenientes de sectores más acomodados y urbanos finalizan los estudios secundarios en un 50% más que sus pares provenientes de sectores más postergados económicamente o de las zonas rurales. Esto es algo a lo que tenemos que estar atentos. El cuarto grupo, Panamá-Uruguay, logra un ligero cierre de

brechas de ingreso y geográfico pero muy lento, 4 de 10 adolescentes no concluyen el nivel medio o superior. El quinto grupo, Nicaragua-Honduras-Salvador-Guatemala, tuvo un alto crecimiento en los 20 años, pero solo 34,8% de los/as adolescentes culminan sus estudios secundarios y existen grandes brechas a nivel del ingreso geográfico. Esa es la situación más baja en la región. O sea, lo que vemos a través de este estudio es que no podemos generalizar, no tenemos una situación única en América Latina, pero tenemos razones parecidas sobre las cuales tenemos que poner nuestros ojos.

La emergencia de la pandemia dejó en evidencia las profundas desigualdades sociales y educativas que atraviesan a la región. Según un informe de la CEPAL, del año 2020, la pandemia provocó efectos impactantes en la economía de la región. Se perdieron más de 140 millones de empleos y, a su vez, la riqueza mundial en este período aumentó en 7,4%. Los mayores aumentos fueron en USA y en Canadá, 12,4%; Europa, 9,2%, y China, 4,4%. Mientras en la India la riqueza se redujo 4,4%, y en América Latina y Caribe, 11,4%. En Brasil hay mucha gente viviendo en las calles. El informe concluye que el crecimiento fue casi nulo ante la crisis, junto con un estancamiento de la economía, la fragilidad de los estados de bienestar, y de los sistemas de salud y protección social, provocaron aumentos sin precedentes del desempleo, y aumento de la pobreza, caída de la renta y aumento de las desigualdades, agravando aún más los ya conocidos problemas estructurales de la región. La concentración económica, también provocó una gran cantidad de cierres de pequeñas y medianas empresas, así como la destrucción de las capacidades productivas y humanas. Esos fenómenos afectaron proporcionalmente más a las mujeres, y reforzaron aún más las persistentes desigualdades

de género. Por otro lado, sabemos que la tecnología se ha convertido en un factor de fundamental importancia en el contexto pandémico, sobre todo en la educación. Las diferencias de acceso son evidentes y determinantes para un mayor o menor éxito de la interacción entre estudiantes y profesores. Son resultantes de enormes desigualdades sociales y educativas. Según este mismo informe, entre el 15% de estratos más altos, los conectados en América Latina son el 75%. Mientras que, entre el 20% de los menos favorecidos, esta conectividad representa solo el 30%. Según los datos de UNICEF, en 2019, casi 1,1 millón de niños y adolescentes en edad escolar obligatoria estaban fuera de la escuela en Brasil. La mayoría de ellos eran niños de más de 5 años y adolescentes de 15 a 17 años. En noviembre de 2020, nueve meses después de que empezó la pandemia, más de 5 millones de niños y niñas, no tenían acceso a la educación en Brasil, entre ellos más del 40% tenían entre 6 y 13 años. Esta población estaba casi universalizada antes de la pandemia. Datos del INEP (Instituto Nacional de Estudios e Pesquisas Anísio Teixeira) de Brasil, demuestran que las infraestructuras disponibles para estudiantes, profesores y directores, en el contexto anterior a la pandemia, ya era muy preocupante en Brasil. Que la conectividad en nuestras escuelas era muy baja, siendo que en la región nordeste y norte del país, que son las regiones más desfavorecidas, este problema era aún mayor. Pero también es importante destacar que Brasil, a pesar de ser una economía relativamente fuerte y ser el país más poblado de América Latina, presenta internamente desigualdades muy importantes entre sus regiones. Cuando analizamos este aspecto de la conectividad en el ámbito regional latinoamericano, notamos una situación bastante similar a lo que sucede en Brasil. A pesar de poder observarse

un comportamiento similar en los sistemas educativos en todos los países de la región, al tener que recurrir a la tecnología digital para asegurar la continuidad del proceso educativo de manera remota durante la pandemia usando medios digitales, como la televisión, la radio, u otras formas, la desigualdad era previamente muy grande y se profundizó aún más. Según el dicho informe, los efectos de la brecha digital se han ampliado en el caso de las poblaciones rurales con pocos ingresos. Las comunidades rurales tienen menos accesos a la conectividad, y menos habilidad para aprovecharla. Como las actividades de enseñanza remota durante la pandemia fueron desarrolladas por los y las docentes desde sus hogares, es necesario aquí considerar y subrayar el aspecto de género también en el que toca la desigualdad. O sea, como era la coyuntura doméstica de las y los docentes. La información de género puede denotar una diferenciación de las tareas que se realizan en el hogar, que incluyen las tareas domésticas, la limpieza y el mantenimiento del hogar, hasta la preparación de la comida, además del cuidado de los niños/as y hasta de los ancianos. Este tipo de tareas son tradicionalmente desarrolladas por mujeres, aunque en la actualidad se ha criticado mucho el posicionamiento de estos roles sociales, y se han notado algunos pequeños avances. En la publicación de la Cepal sobre la coyuntura laboral en América Latina y el Caribe en 2019, entre las tendencias más importantes de la coyuntura del mercado de trabajo de nuestra región está el gran aumento de la participación de las mujeres en actividades remuneradas. En los últimos 30 años, la tasa media de participación de mujeres de 15 años o más en el mercado de trabajo latinoamericano aumentó en el 11%. El crecimiento es superior a otras regiones del mundo; sin embargo, todavía existen grandes diferencias entre

los países, tanto en tasas de crecimiento o en los niveles alcanzados de participación del trabajo femenino, en comparación con los países desarrollados. El estudio destaca que, a pesar de las reducciones recientes, la diferencia de la tasa de participación entre hombres y mujeres en el mercado de trabajo latinoamericano es de 25,9% en 2018. El trabajo con gran predominancia del femenino, el trabajo docente, que es lo que yo investigo, que se realizó durante la pandemia, ha exigido mucho de las mujeres, más aún cuando se consideran las condiciones de países latinoamericanos, en los cuales la pobreza afecta a muchas docentes. Se evidencia que, entre cocinar, limpiar la casa o cuidar a los niños y/o ancianos, las mujeres realizan por lo menos, 2,5% veces más trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que los varones. Por lo tanto, ellas tienen menos tiempo para dedicarse al trabajo remunerado, o trabajan más horas. Otro índice que tiene que ver con el género y la mujer trabajadora, sobre todo en educación, y que de alguna manera interfiere a las desigualdades que estamos compartiendo, es del acceso a los recursos tecnológicos disponibles en el hogar. En una encuesta que hicimos en 13 países de la región sobre cómo se ha desarrollado el trabajo docente en la pandemia, vimos que esta diferencia es importante. Cuando preguntamos sobre los recursos tecnológicos disponibles en las residencias, si eran de uso exclusivo de los/as implicados/as o si eran compartidos con otras personas, la situación fue más desfavorable para las mujeres, ya que el 55% de ellas tenían que compartir los recursos, versus el 51% de los hombres maestros o profesores en la misma situación. Principalmente en familias muy numerosas el uso de estos recursos puede ser muy limitado. Son comunes los casos en que las madres docentes comparten las computadoras con sus hijos/as estudiantes,

o con sus maridos que son también trabajadores. En este contexto, los aspectos mencionados dificultaron las actividades remotas de las docentes. Según los datos de la misma encuesta, para realizar las tareas del hogar, las mujeres declaran estar sobrecargadas más que los hombres; mientras que el 64% de los docentes dividen sus tareas con otras personas de la casa, solo el 39% de las docentes disponen de ayuda para esto. En otras palabras, el 61% de las mujeres son las únicas responsables de las tareas del hogar.

Para ir cerrando, podemos señalar que la prolongada crisis de salud tendrá consecuencias a largo plazo para las actuales generaciones de niños/as adolescentes y jóvenes. A pesar de los esfuerzos de autoridades, habrá atrasos y mayores brechas en el aprendizaje, que difícilmente se recuperaran a corto plazo. La posibilidad de concluir los estudios disminuirá del 56% al 42%, afectando principalmente a los/as adolescentes de familias de bajo nivel de escolaridad, cuyas probabilidades disminuiría casi el 15%. En una encuesta brasileña, se observó que el 40,8% de los niños/as brasileños entre 6 y 7 años no sabían leer ni escribir en 2020. Este número se elevó de 1.429 millones en 2019 (25,1%), a 2.367 millones (40,8%) en 2021, mostrando un aumento del 65,6% de niñas y niños que no se alfabetizaron en este período. Esta es una situación muy preocupante y revela el daño que la pandemia ha causado en el país, destacando las ya conocidas desigualdades sociales. La falta de acceso y de desarrollo/apoyo tecnológico de profesionales y estudiantes, docentes sin experiencia, sin formación previa para el uso de tecnologías y la situación de vulnerabilidades de muchas familias que además de no haber podido ofrecer a sus hijos/as un ambiente adecuado para estudio en la casa, dependen de las instituciones escolares para proveerlos de alimentación.

El gran desafío de la educación en Brasil es evidente porque, sobre todo, tenemos una población que se quedó afuera de la escuela, y con todas las políticas del gobierno de Bolsonaro de los últimos años, tenemos que buscar cerrar esas brechas en los próximos años, pero estos desafíos no son solo de Brasil. Aún estamos en una situación muy complicada, tal vez más complicada que muchos de nuestros vecinos, sabemos que nuestros desafíos son de América Latina, y que son aún mayores cuando se considera la destacada desigualdad social que hay en esta región. América Latina es la región más desigual del planeta, según los datos de PNUD 2019, incluso antes de la pandemia, y ya sabemos que con la pandemia estos datos se profundizaron, 7 de los 20 países más desiguales del mundo están en este territorio. Por lo tanto, superar la desigualdad no significa solo mejorar la educación, sino que también incluye el acceso a una renta, al servicio de salud, y de una vivienda digna. No podemos hablar de desigualdad relativa sin considerar el contexto social y todos los aspectos que involucra a la sociedad. Estas son condiciones que ya eran alarmantes antes de la pandemia, pero que se profundizaron aún más en este contexto.